

que Dios le tendrá en cuenta lo que se ha comprometido por su causa, ó si no pensara que costearo la armada esos estados, os habrá dado ocasion de desquite, no sé cómo soportaría un dolor tan cruel.

Ciertamente no hubiera dejado el rey pasar esta carta si se le hubiera mostrado, porque en la minuta de otra que hizo un secretario para el mismo Farnesio, borra Felipe esta frase idéntica: «Es de esperar que habreis aprovechado la ocasion de volver por nuestra reputacion,» y pone en su lugar: «En lo que Dios hace, no hay que perder ni ganar reputacion, siendo lo mejor no hablar de ello.»

Pero muy luégo sabe los naufragios ocurridos en Zelanda, los turbiones que impelen los navíos hácia Noruega (1) y los tristes pormenores de las matanzas en las costas de Irlanda, los nombres de los bravos que han muerto de hambre ó al hierro de los campesinos, «le duele extraordinariamente no aver acabado de hacer un tan gran servicio á Dios» (2). Había querido ayudar á Dios y Dios no quiso aceptar su ayuda. Que los ingleses estuvieran destinados á volver al regazo de la Iglesia católica era cosa evidente: Felipe quiso ser elegido para esta conversion; pero Dios reservaba esta gloria para otro: su deber era resignarse á la voluntad de Dios. Y se replegaba ya en la serenidad de su fatalismo, cuando recibió la noticia de la llegada á Santander de los tristes despojos de la expedicion. Cincuenta y tres navíos volvieron uno á uno en la última semana de setiembre. «Es lástima verlos; no hay quien conciba tanta miseria» dice un testigo al ver estos últimos sobrevivientes (3). Bien puede creerse que Don Cristóbal de Mora y Don Juan de Idiaquez vacilaron en la antecámara del rey al ir á anunciarle este regreso (4). Por fin entró Mora y encontró á Felipe escribiendo (5).—No tenemos nada que decir, dijo saliendo de la real cámara; el rey no dice nada.

Las privaciones habian sido tan crueles que los expedicionarios iban sucumbiendo uno tras otro al tocar en tierra. Todas las familias estaban de duelo. Y aún se esperó largo tiempo á que fueran llegando otros navíos. Un despacho de Venecia hizo creer por un momento que

(1) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 110.

(2) *Corresp. de Felipe II*, t. II, Prólogo, Don Juan de Idiaquez á Farnesio.

(3) García de Villejo al secretario de la guerra, 10 octubre 1588.

(4) Lothrop Motley admite el hecho, pero solo se encuentra en Damian Strada, t. II, p. 564. Sabido es que este escritor, que tuvo en sus manos toda la correspondencia de Alejandro Farnesio y la de su madre, no hacía escrúpulos de una narracion novelesca.

(5) «Scribentem litteras.»

Don Alonso de Leyva habia salvado veintiseis navíos y sublevado la Irlanda (6); pero la realidad apareció muy pronto. Nadie volvió: los herederos de las principales casas que acompañaban á Leyva, perecieron con él tragados por la mar. Vinieron luégo las narraciones de los cautivos rescatados. La de Gonzalo Gonzalez del Castillo es por demás triste.—Naufragué, dice, el 6 de noviembre con la urca *San Pedro el Mayor*: era la época en que los ingleses estaban ya cansados de matar, y la reina, despues de retenernos un año en dura prision, nos distribuyó como esclavos á sus favoritos. Tocónos en suerte á mí y á algunos otros William de Courtenay, que muy luégo nos redujo á prision más rigurosa, exigiéndonos cinco mil ducados de rescate. Nos quejamos á la reina de tan duro tratamiento y esto fué causa de que se nos tratara peor, encerrándonos en un calabozo á panyagua.

Despues de dos años de cautiverio, fueron los infelices conducidos á Bretaña y vendidos al duque de Mercœur, quien los puso en aptitud de volver á su país (7).

La desesperacion fué tanto más profunda, cuanto más exaltado habia sido el entusiasmo. Pocos meses ántes se habian recitado con orgullo estos versos de Góngora (8):

*Levanta, España, tu famosa diestra:
Desde el francés Pirene al moro Atlante
Haz, envuelto en durísimo diamante,
De tus valientes hijos feroces muestra.*

*¡Oh reina torpe!..... reina no, mas loba
Libidinosa y fiera...*

Por fortuna fué Lope de Vega uno de los sobrevivientes. En cuanto al duque de Medina Sidonia, se encerró silencioso y desesperado. Felipe II tuvo la prudencia de no hacerle responsable de la catástrofe. Una memoria secreta decia: «Si la armada fuera gobernada como convenia y los que la habian á cargo se quisieran prevaler de las ocasiones que se le han presentado y ejecutarlas, el Rey de España era tan rey de Inglaterra hoy como lo es de España.» En esta memoria se leen todavía estas palabras de Felipe: «Es un error lastimoso (9).»

(6) Ms. Arch. nac. K. 1574, pieza 8, del 17 noviembre 1588.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1592, pieza 81, del 9 marzo 1592. La vuelta á la patria data del mes de febrero anterior.

(8) Góngora nació en 1561 y murió en 1627. «A la Armada que el rey Felipe II envió contra Inglaterra.»

(9) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 131. Textualmente: «Esto primero es heregía lastimosa.» Creo ó haber leído mal ó que la real mano escribió heregía por error.

CAPÍTULO X

PRIMERAS REPRESALIAS DE LOS INGLESES

1589-1592

PREPARATIVOS DE REPRESALIAS.—EXPEDICION DE PORTUGAL.—CRUCEROS MARÍTIMOS

I.—Preparativos de represalias

Una de las más penosas preocupaciones de Felipe II fué el temor de un nuevo ultraje en sus costas como el de la bahía de Cádiz el año precedente: los ingleses no podian dejar de perseguir á los fugitivos. Si hubiera podido conservar la menor ilusion sobre el prestigio de España, los informes de sus espías de Inglaterra no le dejaran ignorar la necesidad de defenderse á su vez contra una invasion. El pérfido *Julio*, que habia salido de Paris poco tiempo despues que Enrique III y vuelto á Inglaterra, indicaba á Mendoza el número de navíos que se habian armado, los capitanes, los jefes de los cuerpos de desembarco (1) y continuaba cobrando una subvencion (2). Comunicábanse los informes á Felipe II, el cual los anotaba de su mano (3), informes que revelaban que desde noviembre de 1588, Francisco Drake y los hermanos Norris tenian conferencias con el pretendiente Don Antonio para preparar una invasion en Portugal. De esta manera «cuando se le hubiera dado que hacer en este reino al rey de España, seria más fácil asaltarlo en las Indias ó en la misma España» (4).

Don Antonio se agitaba entre intrigas y miserias, desde el fracaso de su tentativa en las Azores. «Da compasion verlo, decia un inglés (5): está literalmente en el caso de morir de hambre.» Felipe II habia prometido cincuenta mil ducados á quien se lo entregara (6), y le seguia los pasos en Lóndres y en Marruecos por medio de su confidente *San-*

(1) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 182, del 26 noviembre 1588; K. 1568, pieza 56, de mayo 1589, y pieza 135, de diciembre 1588.

(2) *Ibid.* K. 1568, pieza 82.

(3) *Ibid.* K. 1568, pieza 131.

(4) Palma Cayet.

(5) Stafford to Walsingham. «Truly you would pity the poor man's case, who is almost next door starving in effect.»

(6) Felipe II á Tassis, 15 y 28 de marzo 1585 (segun Motley, tomo I, pág. 68).

son (7). Los demás confidentes de Don Antonio no valian más tampoco. El uno, Gaspar de Ayran, se dejó sorprender en Marruecos con una mora y fué reducido á prision; el otro, Manuel Godín, apaleó en las calles de Lóndres á Antonio de Brito, emigrado como él y huyó á Francia (8). Extraños personajes frecuentaban aquella corte miserable. «El capitán que V. sabe, escribe un agente de Felipe (9), me refrescó muchas veces la memoria de sus promesas y me aseguró con juramento que, si el Rey nuestro señor será servido dello, no le faltará el modo de desembarazar el mundo de persona tan dañosa al bien público.»

En medio, pues, de estos aventureros hubieron de preparar el plan de un levantamiento en Portugal Francisco Drake, los hermanos Norris y el conde de Essex. Creyeron bajo la palabra de Don Antonio, que no tenia doce libras para pagar sus deudas (10), que los católicos de Portugal estaban dispuestos á acoger á aquel triste pretendiente presentado por un ejército de protestantes, y se hicieron á la vela en abril de 1589 con ciento cincuenta navíos y veinte mil hombres.

Así, cuando el invierno apenas ha terminado, los barcos que volvieron del mar del Norte no han reparado aún sus averías, las viudas de los naufragos están de duelo todavía, los reclutas no han ingresado en los depósitos de los cuerpos, y veis aquí que viene á caer sobre España la plaga de una invasion. Felipe II se siente un momento abatido. ¿Cómo defenderse de esta agresion? ¿Le seguirán siendo fieles los portugueses? ¿Suministrará dinero el papa? «El sacar el dinero, escribe el embajador Oliva-

(7) Ya he dicho que *Sanson* parece ser Don Antonio de Escovar.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1565, pieza 76.

(9) *Ibid.* K. 1566, pieza 8, Don Pedro d'Oudeyherste á... (?)

(10) Strype, *Anales*, t. III, p. 450. Pidense á lord Burleigh doce ó trece libras para pagar las deudas del pretendiente.

res (1), es cosa tan de entrañas de Su Santidad, que no aprovechó nada.» Una larga nota de puño y letra de Felipe II deja ver su inquietud y casi un desaliento momentáneo (2):

«He visto todo esto que parece que va de veras y confío en Dios que pondrá su mano en ello, y en todo lo demás hay bien poco que confiar, segun está todo y las dificultades que hay en todo, y no es la menor la de la comida, que sin ella ya veis lo que hará la gente, y más toda bisoña, y los caballos tambien han menester comer. Pero pues la causa es tan justa, Dios nos ayudará en ella.»

Mas por una feliz casualidad está servido el rey en esta ocasion por dos hombres de alta valía, Don Cristóbal de Mora, como hombre de gobierno, y el conde de Fuentes, como general. «Comprad trigo, prended á los sospechosos, escribe Mora á Fuentes (3). Que con secreto se advierta á los perlados de las órdenes para que con el mismo secreto prevengan á los confesores de cómo los ingleses con voz y ayuda de Don Antonio vienen á robar aquel reyno, y meter su mala secta en Portugal, y á profanar sus templos.»

II.—Expedicion de Portugal

Los ingleses habian entrado alegremente en sus barcos gritando todos: ¡España! ¡España! (4). La partida fué pues una fiesta. Despues de seis dias de navegacion, llegan á la Coruña (5) donde son cañoneados por el galeon *San Juan* del almirante Recalde que se habia librado del desastre del año anterior. Con tiempo tempestuoso echan en tierra siete mil hombres (6), atacan en tres columnas la parte baja de la poblacion, entran al asalto, hacen prisioneros al comandante de la plaza Don Juan de Luna y al proveedor de víveres Don Juan de Vera, matan quinientos españoles y se dispersan por las calles para saquear, metiéndose en las bodegas, donde nuestros hombres, con excesiva intemperancia (7), se entregan á la alegría de beber el vino de España hasta caer ebrios. Los más sobrios hicieron en la baja poblacion un

(1) Cartas del 8 de agosto y 26 de setiembre de 1588.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 9 D. Esta nota se dirige á Mora segun lo prueban las instrucciones que Mora envía (pieza 16) empleando las mismas palabras que el rey.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 16.

(4) Palma Cayet.

(5) *Relacion del coronel Anthony Winkfield*, publicada por Hakluyt, 2.ª parte del tomo II, pág. 134.

(6) *Relacion de sir Francis Drake y de sir John Norris*, publicada por Lodge, t. II, p. 389.

(7) «Inordinate drinking.»

gran botin de víveres, de municiones y ciento cincuenta cañones (8); pero no eran bastante numerosos para impedir que se retiraran los habitantes á la ciudad alta, donde se atrincheraron á las órdenes del marqués de Cerralvo, acogiendo á las tripulaciones que abandonaron sus barcos é hicieron volar el galeon *San Juan* (9).

Mientras los ingleses se daban al pillaje apoderándose de seis mil pipas de vino y se imaginaban «que iban á ser ricos para toda la vida, porque se les habia dicho que en España eran de oro las montañas» (10), el marqués de Cerralvo improvisó trincheras, regimentó á los marineros é introdujo el órden en la ciudad alta. Sir John Norris, en vez de embarcar sus tropas, despues de este feliz golpe de mano, emprendió un sitio en regla contra las fortificaciones en que se habian abrigado los fugitivos: fué una falta que condenó Isabel (11) y que hubo de expiarse duramente. John Norris tuvo que armar baterías y meterse en trabajos de zapa. Despues de muchos dias, un ramal de mina abrió suficiente brecha y los ingleses se lanzaron al asalto. Para rechazarlos, las mujeres y los niños se unieron á los veteranos de la armada: una de las mujeres, Camara Pita, á quien á vista de sus ojos le mataron el marido, hizo morder el polvo al abanderado inglés, le arrebató la bandera y la agitó triunfalmente encima de la muralla (12). Más tarde recibió de Felipe II el grado y sueldo de alférez. Otras mujeres lanzaban sobre los ingleses piedras y calderas de agua hirviendo. De repente, en medio de la pelea, derrumbase una torre ya quebrantada por la explosion de la mina, y cierra con sus escombros la brecha, aplastando al mismo tiempo buen número de ingleses. Uno de ellos, el capitán Sydenham, queda prendido de ambas piernas entre dos peñascos y no puede seguir á sus camaradas en su retirada. El día siguiente, lo vieron vivo aún y forcejeando para libertarse, y algunos de los suyos que quisieron ayudarle, cayeron muertos sobre él y tuvo que morir allí en lenta tortura entre los dos ejércitos (13). Más de mil doscientos ingleses murieron en el empeño; el tiempo pasaba y el ejército perdía su confianza. Sir John Norris, que vacilaba en retirarse, despues de este descalabro, por no desmoralizarlo enteramente, sabe que á

(8) Palma Cayet.

(9) *Relaciones inglesas*.

(10) Herrera, t. III, p. 168.

(11) Talbot to Sherewsbury, 26 mayo 1589, Lodge, t. II, p. 396.

(12) Herrera, t. III, p. 169; Cabrera, t. III, p. 341.

(13) *Relacion del coronel Anthony Winkfield*.

Puente de Burgos acaba de llegar un cuerpo español de seis mil hombres, y allá va sin dilacion con nueve regimientos, ve al enemigo atrincherado tras el puente obstruido de barricadas, salva el puente á la cabeza de su fuerza junto con su hermano, arrebatada una bandera y cae sobre los reclutas que se dejan matar sin resistencia. Los ingleses no dan cuartel, matan á cuantos alcanzan y se dispersan por el país, saqueando y quemando las casas y las quintas «de modo que hubierais visto la region cubierta de llamas en más de tres millas á la redonda» (1).

Despues de este brutal consuelo, desistieron los ingleses de su empeño contra la Coruña y volvieron á bordo de sus navíos; pero su ejército estaba *desflorado* (2); y despues de aquellos doce dias pasados en la Coruña «se ha servido Dios, dice Edward Norris (3), enviarnos una gran afliccion de enfermedades, producidas por la excesiva provision de vino, tan abundante en todas las casas, que no era posible apartar de ellas á los soldados.» Las pérdidas fueron compensadas con el arribo de una flotilla que mandaba el conde de Essex: Essex habia salido despues que los otros, embarcándose secretamente en Falmouth para evitar las importunaciones de la reina Isabel, que queria conservarlo á su lado «y por algunas otras causas más secretas» (4).

Felipe II comunicó la evacuacion de la Coruña al archiduque Alberto que gobernaba el reino de Portugal, á fin de animarlo á la misma resistencia. Olvidó el incendio de sus barcos de guerra en sus propios arsenales, para felicitarle de que no le hubiera cabido una desgracia más cruel, pues «lo que principalmente me dolía, dice el rey (5), era ver que se hallaba tan cerca (de los herejes) el campo del apóstol Santiago, y yo más léjos de lo que quisiera para socorrerle.» No se movió, sin embargo, para estrechar la distancia. El archiduque Alberto, más prudente todavía, se retiró de Lisboa con pretexto de vigilar las levadas de tropa.

Casi al mismo tiempo reaparecian los ingleses en las costas de Portugal y tomaban el fuerte de Peniche. Sir John Norris se puso en marcha

(1) *Relacion del coronel Winkfield*, Hakluyt, p. 142. El jefe español era el conde de Andrada.

(2) Cabrera.

(3) Sir Edward Norris to M. Vichamberlain. Lodge, tom. II, página 406.

(4) «Some other causes more secret.» *Relacion del coronel Winkfield*. Tal vez con alusion á estas cosas más secretas, dice Essex más tarde en una de sus deplorables súplicas á Isabel para obtener la gracia de su vida: «Once thought myself to happy.» (Hubo un tiempo en que me creí demasiado feliz.)

(5) Cabrera.

hacia Lisboa con seis mil hombres, mientras Francisco Drake remontaba el Tajo para apoyar su ataque. De Peniche á Lisboa apénas hay doce leguas; pero el calor sofocaba á los ingleses y hubieron de echar seis dias de camino. El conde de Fuentes los dejaba avanzar, limitándose á impedir que los campesinos les suministraran víveres, á molestarlos con su caballería y á recobrar, mientras iba en su seguimiento, el fuerte de Peniche, pasando á cuchillo su guarnicion (6).

Sin el ganado de los portugueses no pueden los expedicionarios pensar en sustentarse, y no pueden robarlo á sus dueños, como quiera que se presentan en clase de libertadores: el menor exceso de merodeo se castiga severamente; hasta las iglesias han de respetarse. Pero ni los escrúpulos de los jefes ingleses ni las proclamas de Don Antonio timentan á los portugueses: únicamente los frailes acuden al lado del pretendiente. «¿Qué ventaja tenian los frailes en seguirle con tanto celo? dice el coronel Winkfield (7). No lo sé, pero ello es lo cierto que el pueblo tuvo en suspenso sus homenajes hasta que supo á qué lado se inclinaba la victoria.» ¿Qué hacer en los arrabales de Lisboa estando prohibido el pillaje? Cuatro dias permanece allí el ejército hasta que sabe que la escuadra de Drake no puede pasar las barras del Tajo: entónces se pone en marcha, teniendo que comerse los caballos y sembrando el camino de cadáveres (8). Al encontrar los navíos á la entrada del Tajo, no pueden reprimir su alegría los soldados, que se tienden fatigados en los puentes y son conducidos mar adentro.

Una suerte inesperada viene á ahorrar á la escuadra privaciones semejantes á las sufridas por la *armada invencible*. Encuentra en su rota sesenta barcos alemanes que llevaban harina á Portugal y se apodera de ella sin escrúpulo. Ni se resigna aún á abandonar los Estados de Felipe: hombres del temple de Drake y de Norris (9) aún se fortalecen con los reveses, evitan los desastres con su presencia de ánimo y timentan á la fortuna hasta haber agotado todos sus recursos. Acércase Drake á la costa, ve á lo léjos la rada de Vigo y entra de súbito en ella.

(6) Herrera, tom. III, pág. 170; Lodge, tom. II, pág. 406, *Relacion de Norris*.

(7) ... «The friars had by following him with such devotion I know not, but sure I am the laity did respite their homage till they might see wich way the victory would sway.»

(8) *Relacion de Edward Norris*. «Our men fall daily sicke.»

(9) Norris habia pasado su infancia al lado de Coligny.

«Allí, dice Winkfield, echamos en tierra á todos los que estaban aún válidos, esto es, unos dos mil hombres; incendiámos los barcos españoles, entramos á saco la ciudad y embarcamos el botín.»

El 2 de julio volvían los ingleses á Plymouth (1). En estos dos meses y medio habían perdido once mil hombres. Sin embargo, no debían estar los españoles más orgullosos que ellos de los resultados de esta expedición. «Pero considérese que un Rey naturalmente poco resolutivo y viejo, y con falta de salud, aunque muy prudente, y con falta de ministros activos y militares, no era mucho que no pudiese ni prevenir ni acudir á todo» (2).

III.—Cruceros marítimos

No era más afortunada hácia la misma época otra expedición inglesa. Cumberland hubo de creer provechoso estar al acecho de la flota de las Indias á la altura de las Azores, mientras estaban entretenidos los españoles en sus puertos á vueltas con Francisco Drake. Había partido á mediados de junio (3) y apresado en la Mancha tres navíos franceses que volvían de Terranova con cargamento de bacalao. Dióse prisa en declararlos ligueros, esto es, buena presa, y los envió á Inglaterra. Cuando llegó á San Miguel de las Azores, supo que los galeones de las Indias habían ya pasado, y creyó indemnizarse ocupando la isla de Fayal; pero esta roca fué en todos tiempos de las más pobres que han habitado los europeos. Después de tres meses de crucero al rededor de las Azores, hubo de pensar en la vuelta, contentándose con la presa de un solo navío cargado de azúcar y cochinilla. Pero un período de calmas detuvo súbitamente la flotilla inglesa, y bajo un sol abrasador y en una mar inmóvil, se agotó la provision de agua. «Se nos repartían á cada uno tres ó cuatro cucharadas de vinagre para beber comiendo, porque no teníamos ya otro líquido. Una tempestad nos proporcionó algun granizo que crujíamos con más sabor que almendras confitadas.» La estación de las lluvias

(1) El pretendiente Don Antonio hubo de recaer en su miseria y murió en París en 1595. Se había casado con Ana Barbosa. Su hijo Manuel, alternativamente novicio en los capuchinos y aventurero entre los protestantes, robó á Emilia, una de las hijas de Guillermo de Orange; después obtuvo su perdón de Felipe II y volvió á disfrutar una pensión en España.

(2) Cabrera, tom. III, pág. 172. Esta extraña reflexión en un cronista casi oficial no es absolutamente justa: en lo de faltar ministros activos y militares, olvida Cabrera al conde de Fuentes.

(3) El 18 de junio de 1587, con cuatro navíos. V. la *Relacion* de Edward Wright «excelente matemático» en la Colección de Hackluyt, tom. II, 2.ª parte, pág. 143.

les trajo mayor alivio; extendían las camisas para que se empaparan y luego las retorcian y las chupaban (4); recogían las gotas que se deslizaban á lo largo de los mástiles y aún las que corrían por el puente, sin cuidarse de la falta de limpieza. Después de tres meses de este suplicio, pudieron por fin llegar á Irlanda, hácia las fiestas de Navidad.

Otros corsarios corrieron á Malaca y á las islas de la Sonda, y volvieron con especias y otras ricas presas (5). La incertidumbre del botín y las emociones del combate daban á estas expediciones cierto interés novelesco. Con frecuencia se asociaban muchos navíos para tender una especie de red al través del Atlántico, diseminándose á dos leguas de distancia unos de otros, dispuestos á reunirse al estampido del cañon y caer sobre el galeon de las barras metálicas. De este modo apresó Cumberland á la *Madre de Dios*, que traía mil quinientas toneladas de mercancías preciosas (6). Pero también tenía sus riesgos esta especie de caza, pues los navíos así separados podían ser más fácilmente atacados por una flota enemiga, como sucedió con el *Revenge*.

El *Revenge*, mandado por Ricardo Grenville, formaba parte de una escuadra de seis barcos reales y unos diez navíos corsarios, que mandaba Tomás Howard (7), cuando fué sorprendido por la escuadra española de cincuenta y cuatro navíos con que Don Alonso de Bazan iba á proteger la flota de las Indias. Ricardo Grenville no pensó en huir. El fuego comenzó á las tres de la tarde, yéndose á pique dos navíos españoles; pero pasada la media noche cayó muerto Grenville, y el *Revenge*, sin mástiles ni pólvora, apenas tenía treinta hombres válidos, después de quince horas de combate, cuando cayó en poder de los españoles (8).

Don Alonso de Bazan, hermano del marqués de Santa Cruz, debió á este combate un momento de popularidad (9), y hablaba de ir á

(4) «Watched them till they were thorow wet, then wringing en sucking out the water.»

(5) Ms. Arch. nac. K. 1574, pieza 44, de abril y agosto de 1589, *Correspondencia de Venecia*. «Avian venido con muy ricas presas á Malacca, con designio de cargar pimienta en la Sonda.»

(6) El 3 de agosto 1591. Véase Le Petit, t. II, p. 594, y Frank Jones, Martin Frobisher.

(7) Memoria redactada por sir Walter Raleigh, y publicada por Hackluyt, t. II, 2.ª parte, p. 169.

(8) Herrera, t. III, pág. 294; Cabrera, t. III, p. 498.

(9) Estaba olvidado hacia cerca de treinta años en el Peñon de Velez cuya plaza mandaba desde 1563 y tenía enemigos y envidiosos como su hermano. Ya en la expedición de 1591, no pudo salir de Lisboa hasta el 30 de agosto; el combate con el *Revenge* fué el 8 de setiembre. Véase en Cabrera con cuánto despecho lo supieron sus émulos.

pegar fuego á Plymouth: la confianza que inspiraba á su gente acaso hubiera procurado algunas horas de gloria; pero estando en las aguas de Cádiz, adonde había de enviársele, y él con impaciencia esperaba, la autorizacion para hacerse á la vela, hubo de recibir dos órdenes á la vez: en la una se le mandaba aparejar para el cabo de San Vicente; en la otra dejar su escuadra y presentarse en Madrid (1). Escribió sin perder tiempo para saber cuál de las dos

órdenes debía obedecer, «y porque no se le respondía, envió persona que al cabo de veintinueve dias volvió con orden de ir á Lisboa y hacer lo que el cardenal archiduque Alberto le ordenase.» La travesía de Cádiz á Lisboa hizo perder hasta el 6 de julio; después el cardenal archiduque esperó á su vez diez y nueve dias antes de pensar en dirigir la escuadra de Bazan á las Azores. Cuando la escuadra llegó á estas islas, supo su comandante que los ingleses acababan de dar caza y despojar de su rico cargamento á la flota de las Indias.

(1) En 1592. Herrera, tom. III, pág. 337.